

MOVIMIENTO CORDOBÉS

Celina López Seco
Universidad Nacional de Córdoba

Si bien la referencia al club Talleres es ineludible, *Locura que enamora mi ciudad* (Baldi, 2014) podría ser la historia de cualquier equipo de fútbol, porque lo que esta película pone en juego son las historias de vida de cinco hinchas. Sus vidas están atravesadas por una pasión y ellos la cuentan a través de la mirada de Maximiliano Baldi, un realizador joven que encontró la manera de mostrar en imágenes una experiencia popular.

El resultado es un relato coral en el que Córdoba es la protagonista. Córdoba no como geografía, sino como movimiento popular. El film da cuenta de una voz colectiva que termina de hacerse oír porque Baldi no cae en el lugar común de la clasificación antropológica y asume el riesgo de contar una experiencia, una dinámica que es tal como su título anticipa: una forma de locura y una forma de alegría. Un amor no convencional en la tradición cinematográfica que permite a la película mostrar la ciudad, el fútbol, la tristeza y la explosión.

El cine supo hablar de los deportes como un dispositivo para contar historias, pero pocas veces el cine y el deporte se encontraron en aquello que los define perceptivamente: el movimiento. *Locura que enamora mi ciudad* es un ejemplo de ese encuentro.



CONFESIONES DE UN REALIZADOR

Maximiliano Baldi

Locura que enamora mi ciudad es la película que siempre quise hacer. Tenía ganas de contar cada uno de los momentos que componen la experiencia de ir a la cancha: la previa, el asado, el cuarteto, el baile, los amigos, el vino, la fiesta. Imaginaba todos esos colores en una película, la película de mi club.

Cuando cursaba la carrera de cine en la UNC, veía y aprendía cine; mientras tanto, buscaba incansablemente la forma de mostrar cómo se vive un partido desde la tribuna. Mi desafío

era encontrar el modo de contarle los sentimientos de un hincha a un espectador que nunca pisó la cancha. Es difícil encontrar en el cine, por lo menos en mi generación, a fanáticos del fútbol. Deporte y cine es una combinación que, al menos yo, no he visto entre mis compañeros de oficio. Ni hablar de que lo practiquen. A modo de anécdota, aunque bastante significativo, puedo contar que, mientras cursaba la carrera, éramos sólo dos miembros de la Escuela de Cine los que jugábamos fútbol para el equipo de la Facultad de Filosofía y Humanidades... ¡Sólo dos!

Cuando el club me propuso hacer algo audiovisual, ni lo dudé: era el momento de hacer la película que siempre había soñado. Una película que retrate al hincha cordobés con sus conflictos, sus locuras, sus problemas, su humor y, sobre todo, la pasión. El proceso de trabajo fue muy largo porque algo fundamental era asegurar que los protagonistas fueran los mismos hinchas, los que compartían conmigo, aunque desconocidos, esos momentos mágicos dentro del estadio. Por nada del mundo quería que fuesen actores. Ese proceso nos llevó mucho tiempo, pero creo que queda claro en la película que nada fue alterado “para la cámara”. Traté de mostrar el modo en que ellos, los personajes, son personas.

Lo que sí me costó muchísimo fue despegar al “hincha” del “realizador”. A veces estábamos haciendo una toma, cámara en mano, muy concentrados, y de repente Talleres hacía un gol... No podía controlarlo: empezaba a gritar, cantar, saltar, festejar... Sí, sí, esa fue la parte complicada.

Hacer la película

Locura que enamora mi ciudad tuvo un proceso poco común, más que nada por el tiempo. El hilo narrativo eran los partidos por el ascenso, por lo que se decidió seguir a los personajes en cada uno de esos encuentros. En primer lugar, porque no sabíamos cuál iba a ser el resultado final; pero, además, porque este seguimiento nos serviría para conocerlos mejor. Mi intención era mostrar cómo vivían los cinco personajes en la cancha y lograr que la cámara dejara de existir, captar la vivencia de “cada partido”. Quería capturar los momentos por los que atraviesa un hincha.

Tenía los planos en mi cabeza: plano frontal fijo al personaje, la cancha y las jugadas fuera de campo. Así, el entorno tomaba el protagonismo: la gente, los vendedores ambulantes. Al principio, resultaba difícil que la cámara no llamara la atención; por eso, decidimos que el equipo de rodaje fuera muy, muy reducido: éramos un camarógrafo y un sonidista. Por suerte, el partido en sí lograba que ellos se olvidaran de nuestra presencia; era ahí cuando me daba cuenta de que la película empezaba a tener valor.

Hubo partidos en los que grabamos en simultáneo con cinco o hasta diez cámaras. Cada una con un personaje, porque ellos se ubicaban en diferentes sectores de la cancha (popular, platea, etc.). En esos momentos, lográbamos capturar sus estados de ánimo, desde las emociones más alegres hasta la tristeza, odio, ira, risas, chistes. Una vez que el campeonato terminó y tuvimos como resultado el ascenso, comenzó la escritura del guión.

El guión

La primera etapa había sido útil para conocer a quienes serían los personajes. Aproveché cada viaje al máximo para entablar una relación y lograr la confianza suficiente para que ellos fueran capaces de relatar las cosas lindas de su vida, pero también las más difíciles. Quería que se abrieran y que, relajados, me mostraran quiénes eran y cómo vivían. Por supuesto, hubo cosas que quedaron fuera; al ser una película de encargo (para el festejo de un club), tenía que respetar cierto marco de acción. Pero estoy seguro de que “eso que no quedó” será parte de mi próximo proyecto.

El guión tenía una estructura bastante particular: no tenía diálogos, sólo se enumeraban intenciones. Esto fue deliberado, porque, al trabajar con no actores, preferimos evitar el riesgo de hacerles aprender un libreto; eso hubiera significado que ellos dejaran de ser quienes eran

y, justamente por ser quienes eran, los elegí como protagonistas. Funcionó más o menos así: se escribía la escena situando el lugar, con una sola puesta de cámara (esta cámara debía ser lo más general posible). Así, mediante el plano fijo, intentamos que ellos mismos o el entorno marcaran el ritmo narrativo.

A veces grabábamos escenas de más de una hora de duración en las que dejábamos que entrara y saliera gente del plano sin cortar, trabajando la profundidad de espacio. Terminaban pasando cosas no planificadas que nos rendían muchísimo. Por ejemplo: plano fijo del bar, Pipa y Finchaco frente a cámara, el resto del lugar funcionaba normalmente con gente del barrio que va a jugar al pool, a tomar algo, etc. Lo único que les dijimos (a Pipa y Finchaco) es que hablaran entre ellos y contaran anécdotas. De esta manera, a medida que conversaban, se olvidaban de la cámara; entonces, entraba alguien y les daba un pie para generar algo nuevo. Ese alguien era puesto por nosotros, pero ellos no lo sabían; lo único que sabían era que sólo podían cortar cuando yo les decía: ¡corte! Si yo no lo decía, ellos seguían. ¡Era genial!

Creo que ese método fue una de las cosas que más resultado nos dio. También fue uno de los modos de trabajo por los que más discutimos con el director de fotografía; él me decía que debíamos trabajar con más variedad de planos pero yo no quería, porque, si tenía que repetir, dejaba de ser natural y perdía sentido la película. Las escenas se rodaban en la primera tirada, por eso duraban tanto tiempo.

La puesta y los planos secuencia

Los personajes viajaban mucho para seguir a su equipo, así que trabajamos bastante la puesta dentro de los autos. Era como si estuvieran enjaulados sin poder salir; lo que alimentaba el ritmo de la escena era el fuera de campo. Si les sonaba el celular en el medio de la toma, tenían que atender y nosotros debíamos lograr que se viera lo más real posible (los sonidistas me amaban...).

Otro problema con el que sufrí bastante fue el montaje. Desde el principio, sabía que íbamos a usar Jump Cut. Se habían hecho pruebas, pero no con la película terminada. El primer corte fue muy deprimente: duraba 1 hora y 50 minutos sin los partidos; le faltaba de todo. Había cosas que me gustaban pero no lograba atraparlas, me perdía. Hasta que, finalmente, decidimos estructurar y abusar con el Jump Cut. Eso nos ayudó a encontrar la vuelta y, de a poco, fue apareciendo lo que queríamos.

Por ejemplo: a mí me encantan los planos secuencia. Grabamos el primero el día en que Talleres ascendía y la idea era filmarlo en el momento en que los protagonistas entraban a la cancha porque queríamos algo bien coreográfico. No alteramos el entorno; la gente ingresaba mientras nuestros personajes se cruzaban entre ellos. Se grabó 4 veces y fue un caos, el equipo desparramado por todo el estadio. Teníamos que lograr que la gente no se quedara clavada mirando a cámara, porque el hincha común de fútbol ve una cámara y lo único que quiere es pararse en frente para cargar a su rival. Así que decidimos que el equipo técnico funcionara como si fueran extras: caminaban delante de la cámara simulando ser parte de los ingresantes y, al primero que intentaba ponerse adelante, uno de ellos lo abrazaba y lo sacaba fingiendo una conversación. Fue una de las tareas más difíciles, pero estuvo buenísimo.

Para presentar a cada personaje, también usamos planos secuencia. De esta forma, mostrábamos todo: su casa, su entorno, hasta un día común en su vida. No alteramos nada; incluso, cuando necesitamos un mecánico para una de las escenas, fuimos al mecánico real que frecuentaban ellos.

Si tuviera que hacer una evaluación posterior al estreno, diría que es una película hecha con pasión y que la pasión que siento por mi equipo es la misma que me provoca hacer cine. Fue una experiencia conmovedora, sobre todo porque aprendí mucho, mucho de los protagonistas; ellos me hicieron crecer como persona. Y, mirando cada proyección, tengo la certeza de que el cine es lo que realmente quiero hacer en la vida.

Celina López Seco

Celina López Seco es Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba. Escribe sobre cine, arte y sociedad en distintos medios y participa como crítica en el programa de televisión El Cinematógrafo, que cuenta con el auspicio del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA). Actualmente, se desempeña como Profesora Ayudante en la Cátedra de Cine y Narrativa de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Córdoba. También se encuentra cursando el Doctorado en Semiótica del Centro de Estudios Avanzados de la misma universidad con beca de la Secretaría de Ciencia y Técnica (UNC).

Contacto: celinalopezseco@gmail.com

Maximiliano Baldi

Es el director del film *Locura que enamora a mi ciudad* (2014). Con anterioridad, dirigió la serie para televisión *Eden* (2011), una de las primeras series cordobesas realizadas en el marco de los planes de fomento desarrollados por el INCAA para la Televisión Digital Abierta.

Contacto: maxi@broncapost.com.ar